

*La educación física al servicio del Estado. Francisco Amorós en la Francia de la Restauración*¹

Rafael Fernández Sirvent
Universidad de Alicante

Resumen: El militar y pedagogo Francisco Amorós y Ondeano (Valencia, 1770-París, 1848) es conocido internacionalmente por ser uno de los principales sistematizadores de la educación física moderna. El objeto de este artículo es explicar, desde una perspectiva política, las causas que movieron a Luis XVIII y a los ministros de la Restauración a patrocinar de forma decidida el peculiar método de educación física y moral *amorosiano* y a convertirlo en el único oficial del Estado francés, siendo el ejército la institución que mayores recursos aportó para adaptarlo a su modelo de instrucción.

Palabras clave: Francisco Amorós y Ondeano, Luis XVIII, Restauración, ejército francés, educación física y moral

Abstract: Army officer and educationalist Francisco Amorós y Ondeano (Valencia, 1770-Paris, 1848) is internationally recognized as one of the principal founders and proponents of modern physical education. The aim of this article is to explain the political causes that led Louis XVIII and the ministers of the Restoration to promote the *Amorosian* method of physical and moral education in such a wholehearted manner in France, the Minister of War giving the method particularly strong backing by incorporating it into his new model of army instruction.

Key words: Francisco Amorós y Ondeano, Louis XVIII, Restoration, French army, Physical and moral education

¹ Algunos de los aspectos que planteo en este artículo se desarrollan de forma más prolija en mi libro: *Francisco Amorós y los inicios de la Educación Física moderna. Biografía de un funcionario al servicio de España y Francia*, Alicante, Publicaciones de la Universidad de Alicante, 2005.

«El hombre natural es todo para sí; él es la unidad numérica, el entero absoluto, que sólo tiene relación consigo mismo o con su semejante. El hombre civil no es más que una unidad fraccionaria que depende del denominador, y cuyo valor está relacionado con el entero, que es el cuerpo social. Las buenas instituciones sociales son aquellas que mejor saben desnaturalizar al hombre, quitarle su existencia absoluta para darle una relativa, y transportar el yo a la unidad común, de suerte que cada particular ya no se crea uno, sino parte de la unidad, y no sea sensible más que en el todo» (J.-J. Rousseau, *Emilio o De la educación*, 1762)².

Que durante el siglo XX los deportes y, principalmente, las grandes competiciones internacionales deportivas (tómese como ejemplo los Juegos Olímpicos de Berlín, celebrados en 1936) han sido utilizadas a menudo por los gobiernos y los medios de comunicación oficiales de algunos países con fines propagandísticos y políticos es algo sabido. Se trata éste de un tema que cuenta cada vez con mayor número de estudios académicos de calidad³. Sin embargo, a mi modo de ver, son muy escasos los trabajos que centran su objeto de estudio en el proceso por el que los monarcas y ministros de algunos países europeos, ya desde principios del siglo XIX y de forma simultánea a la consolidación de los regímenes liberales, comenzaron a prestar atención a la educación física. Fue entonces considerada no sólo una disciplina enriquecedora y saludable para el progreso humano, sino también —y sobre todo— un instrumento —así era presentado por los pedagogos de la época— que podría contribuir al fortalecimiento interno del Estado, por ser una herramienta con extraordinarias posibilidades para modelar el carácter de sus ciudadanos a través de la transmisión de una serie de valores uniformes orientados a conseguir una mayor cohesión nacional. Esto podría resultar extraño si no partiéramos de la idea de que los pedagogos del siglo XIX nutrían sus proyectos educativos de las ideas de los filósofos del siglo anterior, así como de los autores clásicos de la Antigüedad

² ROUSSEAU, J.-J.: *Emilio, o De la educación* (prólogo, traducción y notas de Mauro ARMIÑO), Madrid, Alianza, 1998, p. 42.

³ Entre las últimas aportaciones en este campo, remito a los interesantes trabajos incluidos en GONZÁLEZ AJA, T. (ed.): *Sport y autoritarismos. La utilización del deporte por el comunismo y el fascismo*, Madrid, Alianza, 2002.

y del Renacimiento, por lo que aquéllos poseían una concepción de la educación física bastante diferente de la actual. Para un pedagogo del siglo XIX —pongamos por caso al célebre suizo J. H. Pestalozzi, uno de los más extravagantes y controvertidos— era inconcebible una educación física que no conllevase o fuese combinada de forma equilibrada con una buena educación intelectual y, sobre todo, moral. Es decir, la pretensión o el objetivo de los educadores físicos de la primera mitad del siglo XIX no era tanto el ejercicio físico en sí (pese a ser un elemento beneficioso para la salud e imprescindible para el natural desarrollo de las aptitudes del niño, como dejó patente de forma magistral Rousseau en *Emilio*), sino la educación integral del individuo (esto es, el desarrollo del máximo número de facultades humanas). Es en este contexto donde hemos de ubicar al sujeto central de mis investigaciones, el militar y pedagogo Francisco Amorós y Ondeano, cuyo caso paradigmático utilizaré para desarrollar la tesis que acabo de apuntar.

A modo de aproximación: trayectoria profesional en España

Francisco Amorós y Ondeano (Valencia, 1770-París, 1848), III marqués de Sotelo, representa un claro ejemplo de empleado público de sólida formación al servicio de la monarquía. Amorós se formó como hombre adulto prestando sus servicios a la Casa de Borbón española, tanto en el campo de batalla como a través de diversos puestos de la administración militar y civil. Su intachable *cursus honorum* en el ejército, así como sus aptitudes para los negocios administrativos, le abrieron las puertas de Madrid en 1800, año en que sentó plaza de oficial supernumerario en la Secretaría de Estado y del Despacho Universal de la Guerra. Este puesto resultó clave en su trayectoria profesional, ya que le sirvió para entablar relación personal con la persona más poderosa después del monarca Carlos IV, Manuel Godoy. Amorós se convirtió en un fiel adepto del generalísimo, mientras que Godoy, por su parte, confiaba plenamente en él y acabó designándolo su secretario personal para lo que en la documentación de la época se conocía como el *asunto de Marruecos*: una trama secreta cuyo objeto principal era conspirar contra el sultán marroquí para intentar colonizar algunos puntos costeros e interiores norteafricanos. Finalmente, este plan subrepticio, acontecido entre

1803 y 1805, quedó en un ambicioso proyecto de la monarquía hispánica frustrado por diversas circunstancias de política internacional⁴.

La estrecha colaboración y la amistad forjada entre Godoy y Amorós fue aprovechada por éste para conseguir que el Príncipe de la Paz protegiese a título personal uno de los proyectos educativos más relevantes emprendidos durante el reinado de Carlos IV: la creación del innovador Instituto Pestalozziano de Madrid (1806-1808). El método intuitivo basado en las leyes de la naturaleza diseñado por el helvético J. H. Pestalozzi, e inspirado en su mayor parte en las ideas pedagógicas rousseauianas, se convirtió en la piedra angular del ambicioso proyecto de regeneración educativa en España. Uno de los objetivos del Instituto Pestalozziano madrileño, civil y militar, era consolidarse como escuela modelo nacional de maestros y como vivero de la futura oficialidad del ejército. Sus promotores, conscientes del cambio de tiempo histórico que estaban viviendo, pretendían que el centro se erigiese en punto de referencia del lento proceso que supondría la regeneración de la sociedad española a través de una intensa labor educadora dirigida y controlada por el monarca y sus más fieles servidores, con el objeto, por tanto, de evitar cambios drásticos de signo revolucionario que transformaran de un modo sustancial, apresurado y violento el orden social establecido (como ocurrió en la vecina Francia).

Francisco Amorós no sólo fue el principal instigador del Instituto Pestalozziano madrileño, sino que también desempeñó en él funciones docentes y administrativas (como director, entre agosto de 1807 y enero de 1808). Fue en esta institución docente, de corte reformista y de marcada tendencia ilustrada, donde Amorós introdujo por primera vez en España la enseñanza obligatoria de la educación física. Para justificar la importancia de la gimnasia, Amorós aducía que sólo por efecto de una ignorancia absoluta había podido creerse que la educación física fuera inútil al hombre y ajena al método de Pestalozzi, sin detenerse a pensar que siendo este método hijo de la naturaleza debía empezar por donde ésta comienza: por el desarrollo de las facultades físicas mediante ciertos ejercicios que la gimnástica ha perfeccionado y sistematizado en un conjunto de reglas nomo-

⁴ Sobre este intento de colonización de Marruecos, véase FERNÁNDEZ, R.: «África en la política exterior de Carlos IV. Nuevos datos sobre el *asunto de Marruecos* (1803-1805)», *Ayer*, 50 (2003), pp. 289-315.

téticas⁵. Pero, sin duda, el elemento más novedoso que Amorós aportó al plan docente del Instituto —y al que voy a dedicar especial atención en este trabajo— fue la utilización de la música y de una selección de cánticos adoctrinadores (morales, religiosos, monárquicos y patrióticos) en las clases de gimnasia, herramientas muy útiles para la labor de formación de nuevas generaciones de *buenos ciudadanos* (esto es, ciudadanos subordinados a las instituciones y a las costumbres de su nación) ya desde las escuelas de enseñanza primaria⁶. En el Instituto Pestalozziano de Madrid, Amorós apenas pudo esbozar su peculiar método físico-moral, ya que careció de tiempo material para desarrollarlo de un modo adecuado como consecuencia de la intensa oposición mostrada por los sectores más reaccionarios de la sociedad, así como por la delicada situación política de España en 1808, circunstancias todas ellas que acabaron por precipitar la conclusión del ensayo pedagógico.

Como recompensa a los servicios prestados a la monarquía, Carlos IV gratificó a Amorós con la promoción en la jerarquía castrense (a coronel de Infantería) y con el nombramiento como ministro de capa y espada del Consejo Supremo de Indias. Así, en calidad de consejero de Indias, Amorós fue convocado por las autoridades galas para participar en la Junta española de Bayona, llamamiento al que respondió positivamente. De este modo, se convirtió en uno de los primeros españoles en jurar fidelidad, de forma totalmente libre y voluntaria, al rey José I Bonaparte y al Estatuto de Bayona. Durante la guerra de la Independencia, Amorós se mostró como un funcionario competente y ocupó cargos públicos de gran responsabilidad dentro de la administración josefina: consejero de Estado, gobernador militar y político e intendente de la provincia de Santander (noviembre de 1808), comisario regio en Burgos, Guipúzcoa, Álava, Vizcaya e intendente de la Policía de Madrid (febrero de 1809), ministro interino

⁵ *Continuación de la noticia histórica de los progresos de la enseñanza primaria de Enrique Pestalozzi, y de las providencias del Gobierno con relación a ella, desde el mes de enero de este año de 1807 hasta la organización provisional del Real Instituto Militar Pestalozziano*, Madrid, Imprenta Real, 1807, pp. 6 y 124-125.

⁶ No se conservan, que conozca, testimonios de las canciones adoctrinadoras que Francisco Amorós utilizó en sus clases de gimnasia en España. Afortunadamente, esta carencia queda totalmente salvada en el caso de su trayectoria profesional en la Francia de la Restauración, etapa durante la cual Amorós publicó —como veremos y analizaremos más tarde— varias ediciones de una obra compuesta de una selección muy rica y variada de cánticos religiosos, morales y patrióticos.

de la Policía durante la conquista de Andalucía (febrero de 1810) y comisario regio en las tierras donde se localizaba el *ejército de Portugal* (agosto de 1811). Esta activa colaboración con la nueva dinastía determinó que en 1813 Amorós tuviese que tomar el camino del exilio.

Del exilio forzado al exilio deliberado

Debido a los altos empleos administrativos desempeñados durante el reinado de José I, Francisco Amorós fue uno de los privilegiados españoles *afrancesados* que obtuvo licencia de Napoleón para sortear los depósitos de refugiados del sur de Francia y establecer su residencia en la capital del Imperio, París. Durante los primeros años de exilio, la vida de Amorós —como la del resto de sus compañeros de ostracismo— giró en torno a la imperante necesidad de estabilizar su situación personal en la capital francesa, así como de intentar defender ante la opinión pública las razones que le indujeron a obrar de la forma en que lo hizo en la parte política y, sobre todo, en la parte administrativa, entre 1808 y 1813⁷. Sin embargo, existe una peculiaridad que diferencia la forma de proceder de Francisco Amorós de la del resto de ex josefinos refugiados en Francia. Mientras la mayoría de éstos presentaron ante Fernando VII y ante la opinión pública representaciones justificativas en un tono comedido (que en ocasiones rozaba la súplica y el arrepentimiento), con el claro objeto de persuadir al monarca para que decretara una amnistía general que les permitiese regresar a España, Amorós utilizó un lenguaje sin ambages y un tono altivo para dirigirse al rey absoluto. Unas formas, en definitiva, que, lejos de la retracción, se hallaban más bien dentro de los parámetros de la crítica directa y constructiva

⁷ No voy a extenderme aquí en este punto, pues lo considero prescindible para entender el planteamiento general y desarrollar la tesis que se ciñe al título de este artículo. No obstante, a quien interese conocer en profundidad el imaginario ideológico de este liberal moderado o *realista constitucional* —en estos términos conceptuaba Amorós su tendencia política— hallará información exhaustiva en mi libro arriba citado. Asimismo, un planteamiento sintético de las ideas políticas de este empleado público josefino por convicción se exponen en FERNÁNDEZ, R.: «Por la regeneración de España. El ideario político de un funcionario josefino: Francisco Amorós», *Trienio. Ilustración y Liberalismo*, 45 (mayo de 2005), pp. 5-19.

a la impune actuación mantenida en todo momento por el monarca español.

No es ocioso, a mi entender, aludir a este inusitado modo de actuar de un refugiado político, puesto que ello nos informa de un hecho crucial para comprender los planes que Amorós tenía para su futuro inmediato. Resulta obvio que cuando redactó su *Representación a Fernando VII* (1814) no tenía en mente la posibilidad de regresar a España, ya que es de suponer que un hombre de su talante era plenamente consciente del revuelo que su diatriba ocasionaría en el momento en que arribase a los círculos fernandinos. Revuelo que, sin duda, desencadenaría un efecto represivo, cuando menos hacia su persona, familia y bienes. En efecto, sobre este asunto se constata que cuando Amorós comenzó a redactar su polémica representación sabía bien lo que hacía, es decir, renunciaba a regresar a España mientras su trono estuviese ocupado por un rey a quien consideraba «infame, estúpido, cobarde y bárbaro», Fernando de Borbón⁸. Por tanto, en 1814 Amorós había iniciado ya los trámites burocráticos ante las autoridades galas para adquirir la nacionalidad francesa. Para un liberal moderado de ideas firmes como Amorós resultaba inconcebible volver cabizbajo a una España sometida a un proceso de retraimiento cultural y de clara involución política. Amorós y otros funcionarios de formación ilustrada que ocuparon puestos de responsabilidad en la administración josefina, como demuestro en mi libro, lucharon incesantemente desde dentro del propio régimen, desde arriba, con la finalidad de mantener la independencia política de España y atenuar la presión despótica de algunos gobernadores militares galos. La pretensión de Amorós y de la mayor parte del colectivo afrancesado con su apoyo a José I Bonaparte era dar continuidad a la próspera línea reformista que se venía desarrollando con Carlos IV, y que hundía sus raíces en la época de reinado de su padre Carlos III. Para Amorós, apoyar al príncipe de Asturias, Fernando de Borbón, suponía una vuelta atrás para la monarquía hispánica, mientras que la monarquía constitucional josefina se vislumbraba, a su juicio, como la única alternativa factible para alcanzar

⁸ Ésta es la calificación que merece Fernando VII a Amorós. Véase al respecto su *Dictionnaire des hommes célèbres et des personnages que j'aime bien*, «Ferdinand VII», documento manuscrito e inédito de Francisco Amorós, sin paginar y en continua actualización desde 181[6] hasta 1848 (Archivo Municipal de Barcelona, Ms. de Toda i Güell, A-399).

el tan anhelado progreso de España. Esto que acabo de expresar queda ilustrado y resumido de forma extraordinaria en las siguientes palabras que Amorós dirigió a los castellanos en una proclama pro bonapartista: «El fanatismo y la más grosera impolítica resisten la sujeción a un Gobierno mil veces más liberal de cuantos ha tenido hasta ahora nuestra patria»⁹.

Ciudadano francés al servicio del Estado

Por todos los motivos arriba expuestos, Francisco Amorós fue uno de los pocos españoles que, desde el exilio, antepuso sus convicciones políticas a su nostalgia patrioter y decidió llevar su afrancesamiento cultural y político hasta las últimas consecuencias: la solicitud de la ciudadanía francesa. Seguramente, como veremos a continuación, sus intereses personales en el ámbito profesional también le guiaron en la importante decisión del cambio de nacionalidad.

Tras la derrota definitiva de Napoleón en Waterloo y ya restaurado Luis XVIII en el trono, Amorós logró ser admitido en una de las instituciones pedagógicas de mayor prestigio en Francia, la *Société pour l'amélioration de l'enseignement élémentaire*. Su aceptación en esta institución, en julio de 1815, tuvo mucho que ver con su probada experiencia como pedagogo y principal promotor de la nueva filosofía pestalozziana en la España de Carlos IV. De hecho, en su discurso inaugural leyó una voluminosa memoria acerca del método intuitivo de Pestalozzi, donde aludía de forma explícita al fructífero ensayo efectuado en el Instituto Pestalozziano de Madrid. El objetivo de Amorós de persuadir a los miembros de la Sociedad Pedagógica parisiense para que el gobierno adoptara el sistema educativo de Pestalozzi como modelo nacional (en detrimento del método de enseñanza mutuo o lancasteriano, que era el patrocinado por el Estado francés) no surtió el efecto deseado. Sin embargo, la pertenencia de Amorós a esta prestigiosa Sociedad fue un punto de inflexión en su trayectoria personal y profesional. En ella se relacionó con los más distinguidos intelectuales y políticos galos; tuvo la posibilidad de conocer de primera mano el entramado del sistema educativo francés y, lo que es más importante, pudo diagnosticar cuáles eran

⁹ Archives des Affaires Étrangères (París), *Correspondance politique. Espagne*, vol. 679, fol. 369. Proclama de Amorós a los castellanos, 21 de agosto de 1809.

sus carencias más sustanciales. Además, fue uno de los elementos positivos que las autoridades galas tuvieron en cuenta a la hora de concederle en julio de 1816 la ciudadanía francesa.

Uno de los propósitos de Amorós desde que se estableció en París y, de forma mucho más patente, después de su ingreso en la *Société pour l'amélioration de l'enseignement* era hacerse un hueco en el ámbito de la enseñanza para ganarse la vida realizando lo que más le gustaba, la educación física. Sin embargo, fueron numerosos los obstáculos que hubo de sortear antes de conseguirlo. Entre 1816 y 1817 fue arrestado en París y estuvo a punto de ser expulsado de la capital francesa por la confluencia de varios factores. En primer lugar, por motivo del escándalo público en que acabó su relación amorosa extramatrimonial con Asunción Badía (hija del espía catalán conocido con el pseudónimo de «Alí Bey» y, a la sazón, esposa del filósofo galo J.-C. de L'Isle de Sales). Y, en segundo término, por el hecho de que su nombre figurase en las listas confidenciales que la policía de París elaboró de los principales sospechosos de participar en una presunta conspiración urdida por un heterogéneo grupo de liberales españoles en el exilio, cuyo objeto era destronar a los Borbones de España y Francia. Sospecha que se fundaba, en el caso concreto de Amorós, en el activismo mostrado por éste durante los Cien Días a favor del regreso de Napoleón y de la idea de reconstruir el Imperio. Los numerosos apoyos recibidos por Amorós de sus colegas de la Sociedad Pedagógica, así como de multitud de personajes influyentes de la sociedad francesa¹⁰, disuadieron finalmente a las autoridades de la idea de alejarlo a más de cien leguas de la capital.

Tras estos avatares, en 1817, Amorós empezó a trabajar en una institución educativa de París sita en la *rue d'Orléans*, a escasos

¹⁰ En 1817, con la intención de limpiar su honor ante la opinión pública francesa, Amorós publicó dos escritos: *Lettre à tous ceux qui l'ont insulté, calomnié et qui ont cherché à l'avilir dans son malheur* (París, Impr. de P. N. Rougeron, tirada de 500 ejemplares) y *Déclaration de M. Amoros, réfugié espagnol, naturalisé français, et exposé de ses services, accompagné de pièces justificatives* (publicado por la misma imprenta parisiense en tirada de 300 volúmenes). En esta *Déclaration* se halla desde una enumeración de los servicios prestados a la Casa de Borbón española, hasta los méritos cosechados desde su establecimiento en París, así como un conjunto de cartas escritas por hombres ilustres (mariscal Suchet, general Thouvenot, duque de Ragusa, marqués de Almenara, etc.) que certifican la buena conducta mostrada por Amorós tanto en la España de la guerra como en la Francia de la Restauración borbónica.

metros del Jardín del Rey del palacio de las Tullerías. Dada su privilegiada situación, esta casa de educación se convirtió para Amorós en un escaparate perfecto para dar a conocer su peculiar método de educación física y moral. Desde entonces distinguidos personajes de la sociedad parisina comenzaron a interesarse por el método educativo que el pedagogo de origen español utilizaba en sus clases y que, en ocasiones, exhibía en sesiones públicas. El mismo Amorós, en el prólogo de su obra *Gymnase normal militaire et civil*¹¹, afirmaba que, desde 1815, entre sus ocupaciones principales se contaba la de intentar probar la necesidad de establecer en Francia un buen sistema de educación física y moral e indicar a la sociedad y, en especial, a las autoridades las disposiciones que deberían emprenderse para consolidar esta institución y propagarla por todo el país. Y, según su testimonio, a la altura de 1817 había conseguido la parte elemental de sus ambiciosos objetivos: que sus ideas e inventos pedagógicos empezasen a transitar por los círculos intelectuales y políticos gracias a la buena recepción que el novedoso método de gimnasia tuvo entre hombres de Estado (el ministro de Interior, Lainé; el de Exteriores, duque de Richelieu, y el de Guerra, mariscal Gouvion Saint-Cyr), pedagogos, militares, médicos y hombres de negocios (como el liberal Jacques Laffitte, quien financió algunos de sus cursos gimnásticos).

A finales de 1817 el periódico eclesiástico *L'Ami de la Religion et du Roi* se interesó por las ideas pedagógicas y los inventos industriales de Amorós. Pero lo que sin duda más llama la atención es el hecho de que la noticia fuese publicada en la sección de «*nouvelles politiques*»:

«*Notre siècle est fécond en toute espèce d'inventions. Un M. Amoros, espagnol, fait à l'Institut Académique et Européen, un cours de gymnastique et, dans une séance publique, il a donné le spectacle d'exercices gymnastiques. Il mesure les forces des enfants avec un instrument appelé dynamomètre. Les exercices se font en chantant, ce qui peut les rendre encore plus gais [...] il propose d'établir une école de gymnastique qui, en effet, nous manque encore à Paris. Je ne*

¹¹ AMORÓS, F.: *Gymnase normal militaire et civil. Idée et état de cette institution au commencement de l'année 1821, et moyen de la rendre aussi complète, générale et utile que sa destination le demande; par M. Amorós, naturalisé français, fondateur et directeur des gymnases français, Ancien Colonel, Directeur de l'Institut Pestalozzien à Madrid, Conseiller et Secrétaire de Charles IV, Précepteur de l'Infant d'Espagne Don François de Paule, et Membre de plusieurs Sociétés*, Paris, Impr. de P. N. Rougeron, 1821.

*répondrais pas que cette invention n'y fut quelque jour à la mode; elle y figurerait aussi bien que tant d'autres nouveautés tout aussi bizarres et tout aussi utiles»*¹².

Como se puede observar, la noticia hace referencia a la necesidad de implantar en París una escuela de gimnasia, para difundir una actividad que, como intuitivamente vaticina quien escribe, algún día podría convertirse en moda o costumbre.

En octubre de 1818 se insertó un anuncio en *Le Moniteur*, sección *instruction publique*, que informaba de la apertura de un innovador curso de educación física dirigido por Francisco Amorós. La noticia ponía de relieve la grandeza del objeto del método utilizado, así como la multiplicidad de máquinas e instrumentos que el pedagogo de origen español diseñaba. La protección y patrocinio económico que ilustres personalidades de la buena sociedad ya habían proporcionado al *méthode amorosienne* —como empezaba a ser conocido en la época— se utilizan de forma manifiesta para reforzar su repercusión propagandística¹³.

Clave política de un éxito profesional en la Francia de Luis XVIII

Llegados a este punto quizá convenga plantear una serie de interrogantes, que precisan de una interpretación coherente que nos ayude a entender la esencia de la clave del éxito del método de Amorós. ¿Cómo se puede explicar que un exiliado político que acababa de obtener la nacionalidad francesa adquiriese tanta notoriedad en un país como Francia? Y, sobre todo, ¿qué razones movieron a los ministros de Luis XVIII a proteger el método *amorosiano* a título personal y a que se comprometieran a hacerlo de forma institucional en el futuro? Como constato en otra parte, Amorós siempre tuvo tanto en España como en Francia grandes habilidades para relacionarse con personajes reputados y poderosos de la alta sociedad. Pero sus buenos contactos no pueden explicar por sí solos la clave de la fama y el prestigio alcanzados en su nuevo país de adopción. A mi juicio, aparte de la pertenencia a la *Société pour l'amélioration de l'enseignement élémentaire* y de las influyentes amistades que en

¹² *L'Ami de la Religion et du Roi*, XIV, 10 de diciembre de 1817, p. 42.

¹³ *Le Moniteur Universel*, 22 de octubre de 1818.

ella fraguó, fue su obra *Cantiques religieux et moraux*¹⁴ la que logró captar la atención de Luis XVIII y la que, en definitiva, le abrió el camino en Francia hacia las grandes empresas educativas por las que este pedagogo español-francés es conocido internacionalmente.

En diciembre de 1818 el diario oficial *Le Moniteur* se hacía eco de la inminente aparición en las librerías de la obra *Cantiques religieux et moraux*, una compilación de cánticos acompañados de música, para el uso de las escuelas primarias («consacrée à l'enfance et à la jeunesse»), ideado —como veremos a continuación— para educar en valores a las nuevas generaciones de franceses. Acerca del autor se decía que era uno de los hombres más preocupados por el progreso de la educación.

La dedicatoria de esta obra nos proporciona la clave para conocer la intencionalidad del autor. El libro está dedicado a la memoria de Enrique IV de Francia, el fundador de la dinastía Borbón, que pasó a la posteridad con la imagen de un soberano tolerante y que fue mitificado en la época de Luis XVIII para justificar la legitimidad histórica de la dinastía Borbón frente al usurpador Napoleón: «*C'est à vous, Père de votre peuple, grand homme et Roi bienfaisant, que cet ouvrage doit être dédié. Il est destiné à former des hommes qui vous ressemblent, s'il est possible, et qui aiment la France et la vertu...*». Y no sólo enaltece la memoria del primer Borbón, sino que Amorós concluye el prólogo comparando la magnanimidad de Enrique IV y la del rey que ocupa el trono, Luis XVIII, a quien parece venerar:

«*Vous serez donc notre modèle de prédilection; nous tâcherons de vous imiter, ô Grand Roi, dans votre courage, votre force, votre adresse, votre magnanimité, et surtout dans votre amour pour la patrie. Votre nom encouragera nos efforts; il nous servira plus d'une fois à vaincre des obstacles, à soutenir nos forces abattues, à nous donner l'énergie nécessaire pour nous consacrer tout entiers à l'utilité de nos semblables, à servir cette patrie que vous nous avez enseigné à chérir, et à défendre la constitution, chef-d'œuvre de la sagesse de l'auguste monarque, fidèle à vos nobles exemples, sous lequel nous avons le bonheur de vivre*».

Con semejante adulación a Luis XVIII y a la Carta Otorgada pretendía ganarse la simpatía de hombres próximos a la familia real.

¹⁴ AMORÓS, F.: *Cantiques religieux et moraux, ou la morale en chansons, à l'usage des enfans des deux sexes. Ouvrage spécialement destiné aux Elèves qui suivent les exercices du cours d'éducation physique et gymnastique dirigé par M. Amoros*, París, Impr. de P. N. Rougeron, 1818.

Y, lo que es más importante, estas declaraciones debieron ser recibidas de forma muy grata por el monarca y por los miembros del gobierno, hartos deseosos de que los tiempos revolucionarios cayeran en el más abismal letargo toda vez que el esplendor de la monarquía borbónica resurgía de sus cenizas. Es evidente que Amorós, con mucha vista, quería contribuir con su grano de arena a la campaña de Luis XVIII sobre las raíces de su legitimidad¹⁵ y, de ese modo, dar prueba fehaciente de su fidelidad a la Casa de Borbón —cabe recordar su comprometido y reciente pasado pro bonapartista—. Con esto no pretendo poner en duda la sinceridad del apoyo de Amorós a Luis XVIII, pero, a mi modo de ver, resulta obvio el oportunismo de la dedicatoria, así como el contenido general de la obra y su evidente propósito de adaptación a los nuevos tiempos.

La primera canción que recoge en *Cantiques religieux et moraux* está dedicada también a Enrique IV. Para ello toma como base un famoso poema épico que ensalzaba a este monarca y que llenaba de gloria a la nación francesa, *La Ligue* (más conocida popularmente como *La Henriade*) de Voltaire. Cabe decir que este filósofo también influyó de forma determinante en la concepción del mundo de Amorós. La biblioteca particular de Amorós —que contaba más de cuatro mil volúmenes— albergaba nada menos que setenta y cuatro escritos de Voltaire, algunos de los cuales (como *La Henriade*, *Ensayo sobre el Siglo de Luis XIV*, *Diccionario filosófico*, *Diálogos y entrevistas filosóficas*, *Ensayo sobre las costumbres y el espíritu de las naciones*) siempre portaba consigo, como parte integrante de su biblioteca de viaje¹⁶.

No debemos perder la perspectiva de lo que Amorós buscaba con este tipo de canciones: que los contenidos morales sirvieran como complemento en sus clases de gimnasia y en cualquier institución educativa francesa, pública o privada. Pretendía algo tan sencillo como vulgarizar en la medida de lo posible los preceptos morales

¹⁵ Philippe Boutry sostiene sobre este asunto que durante el exilio de Luis XVIII, en la época revolucionaria e imperial, éste se obstinó en afirmar el principio de legitimidad basado en la conexión y continuidad con Enrique IV. Luis XVIII, aunque abandonado a su suerte, se sentía respaldado por la Providencia, que, según él, sería la que finalmente garantizaría la continuidad de la dinastía («Les Bourbons en exil, 1789-1814», en BÉLY, L.: *La présence des Bourbons en Europe. xvii-xxi siècle*, París, Presses Universitaires de France, 2003, pp. 233-254).

¹⁶ *Inventaire des livres de la bibliothèque du Colonel Amorós par ordre de sections commencé à Paris le 15 mai 1837* (Bibliothèque Nationale de France, «Richelieu», ms. 4.604). Ejemplar único y autógrafo de Francisco Amorós.

y hacerlos atractivos a la inteligencia del educando, quien absorbe, consciente o inconscientemente, gran parte de lo que le es transmitido por una autoridad como el maestro. Otra de las novedades que introdujo Amorós fue la utilización de la música para acompañar esos cánticos. A su entender, aparte de los cuentos y los versos, nada hay más efectivo que la música para transmitir las normas sociales, puesto que éstas aparecen envueltas en un halo de intensas emociones, provocadas por la armonía de las notas instrumentales, que permiten que los valores inherentes a las letras de las canciones se asimilen y consoliden de un modo natural y sólido —casi inconsciente— en la memoria y personalidad del alumno. Es más, la música supone para Amorós un medio esencial de la cultura del hombre y, por ello, opina que ésta debía entrar a formar parte de los estudios de primeras letras (al igual que la lectura, la escritura y el cálculo). También hace referencia a la voz en general y al canto en particular, a los que considera uno de los mejores regalos de la naturaleza: «*la voix humaine peut, mieux que tous les instruments inventés par l'homme, pénétrer dans l'âme humaine*»¹⁷.

Como queda dicho, el Instituto Pestalozziano de Madrid (1806-1808) fue el primer centro educativo donde Amorós utilizó la música y los cantos moralizantes en beneficio del sistema, ya que la finalidad última de sus letras era influir en el espíritu de sus alumnos (futuros fieles servidores del Estado a través de puestos en la oficialidad del ejército real o en la administración civil). Dicho esto, queda bastante patente el fin que Amorós perseguía con su peculiar método de educación, del que, dejando aparte su originalidad, se desprende un profundo respeto al orden establecido (conservadurismo), quizá un tanto exagerado por el hecho de que necesitaba captar la atención del gobierno de turno.

Volviendo a la Francia de 1818, lo que, a mi juicio, pretendía Francisco Amorós era ser el artífice y gestor de un completo plan de educación que, combinando los ejercicios físicos, la música y los preceptos morales, contribuyese a adoctrinar a los niños y consiguiese hacer de ellos buenos ciudadanos, franceses virtuosos, patrióticos y respetuosos con los usos y costumbres (morales, políticos y religiosos) de dicha nación, y, lógicamente, de ese modo resolver su situación personal.

¹⁷ AMORÓS, F.: *Cantiques religieux et moraux...*, *op. cit.*, pp. 185-186.

Las canciones publicadas en la obra *Cantiques religieux et moraux* recogen un amplio y heterogéneo espectro de materias. Algunos cánticos inculcan todos los tipos de amor existentes: a Dios, al rey, al orden, a la patria, al bien, a nuestros semejantes, a la virtud... Otros evocan temas tan variados como la tolerancia, el coraje, la beneficencia, el dolor, el esfuerzo, la igualdad, el poder, la religión, la razón o la gloria. Sin duda, donde más se deja entrever la intencionalidad de Amorós es en un conjunto de composiciones que loaba las ventajas de un régimen monárquico constitucional, como el de Luis XVIII de Borbón. Un ejemplo paradigmático lo tenemos en esta canción, que recoge alabanzas del rey y de la Carta Otorgada y que los alumnos solían entonar acompañada del himno del canto real o del canto por la patria:

«*Sur le Roi*
Un roi pour ses sujets est un être sacré;
Des lois il est l'organe et le dépositaire.
Enfant de la patrie, en lui tu vois un père;
Souviens-toi qu'à tous deux ton sang est consacré.
Sur la Charte
Du prince et des sujets garantissant les droits.
La charte étend sur tous sa suprême puissance;
Et, forte du serment des peuples et du roi,
Est l'effroi des méchants, le frein de la licence»¹⁸.

Otro aspecto a tener en cuenta acerca del método físico-moral amorosiano es el carácter explícitamente *universal* de sus cánticos religiosos. En la época de los reinados de Carlos IV y de José I, Amorós se había mostrado como un firme defensor de la religión católica. Sin embargo, desde el momento en que consiguió la ciudadanía francesa, parece que ese férreo catolicismo dio paso a una religiosidad mucho más tolerante y respetuosa hacia el resto de dogmas. A esta tolerancia contribuyó, sin duda, la prudencia política y el hecho de que algunos de los hombres que protegieron su método en Francia fueran protestantes —como el conde de Laborde, secretario general de la *Société pour l'amélioration de l'enseignement*—. Amorós fue, incluso, más allá del cristianismo, ya que se proponía impregnar su método de una moral universal, tan válida para un católico como para un musulmán. Esta actitud deísta de raíz ilustrada subyace

¹⁸ *Ibid.*, p. 163.

en casi todos los cánticos religiosos que se incluyen en la obra, cuyo contenido, en líneas generales, invoca a hacer el bien (base consustancial de todas las confesiones religiosas), lo que demuestra que Amorós poseía una creencia puramente racionalista de la existencia de un ser supremo. En este sentido, escribe un himno religioso universal destinado a toda la juventud, con independencia de sus creencias religiosas, que serviría de complemento a los ejercicios de la mañana:

«1
*Tout annonce d'un Dieu l'éternelle existante,
 On ne peut le comprendre, on ne peut l'ignorer:
 La voix de l'univers annonce sa puissance,
 Et la voix de nos coeurs dit qu'il faut l'adorer [...]*
 8
*Tout d'un Dieu créateur atteste la puissance,
 D'un Dieu conservateur tout peint la Providence.
 Adorons à l'envi ce père des humains;
 L'univers tout entier est l'oeuvre de ses mains...».*

Consideraciones finales

Expuesta ya de forma sintética la idea general sobre la intencionalidad de los cánticos morales, religiosos (y, podríamos añadir sin recelos, *políticos*) seleccionados y publicados por Francisco Amorós como parte elemental de su método de educación físico-moral, resulta lógico pensar que Luis XVIII y sus ministros fijaran sus miras en este pedagogo de origen español no tanto por los nuevos aparatos y ejercicios físicos por él ideados, sino más bien por el fuerte componente político y adoctrinador que imprimía a su sistema educativo, que encajaba perfectamente con el proyecto político de la Restauración francesa: crear súbditos fieles y obedientes a la nueva monarquía constitucional instaurada tras el Congreso de Viena, ciudadanos según las normas y costumbres marcadas por los valores tradicionales (legitimismo monárquico de la Casa de Borbón) y por algunos de los logros de la Revolución (la *Charte octroyée*). A estas alturas, una de las cosas que el gobierno francés ambicionaba era la consolidación de un modelo gimnástico nacional —del que el Estado francés carecía—, un sistema que a la vez que fomentase la exaltación nacional, contribuyese al adoctrinamiento moral y político de sus ciudadanos

(reproduciendo, en cierto modo, el modelo de gimnasia nacionalista que estaba popularizando en Prusia el también militar y pedagogo Jahn, fundador de las asociaciones gimnásticas patrióticas germanas)¹⁹. En este sentido, tampoco es casualidad que el método moralizante de Amorós recibiese un apoyo mucho más decidido por parte del Ministerio de la Guerra francés, para contribuir a la formación integral, física y moral, de los oficiales y soldados del nuevo ejército de la Restauración, sometido por entonces a una profunda remodelación por el ministro de la Guerra, Gouvion Saint-Cyr.

Por tanto, podemos concluir que la astuta estrategia mantenida por Francisco Amorós durante los primeros años del reinado de Luis XVIII fue el motor de arranque de una dilatada y exitosa carrera profesional en Francia. En 1820 el gobierno francés, tras un par de años de estudios sobre el método físico-moral y de negociaciones con el autor del mismo, decretó la apertura de un Gimnasio Central en París, dirigido por Francisco Amorós y proyectado tanto para militares como para civiles. El sistema gimnástico *amorosiano* se convirtió en el único oficial del gobierno galo durante los reinados de Luis XVIII, Carlos X y los primeros años del de Luis Felipe de Orleans. Su peculiar método de educación física y moral gozó de fama internacional, por lo que un gran número de médicos y pedagogos eximios de la época acudieron a formarse y prestar colaboración en la Escuela Gimnástica Central de París. En 1829 Amorós fue nombrado inspector general de todos los gimnasios militares de Francia y en 1830 publicó la gran obra que sistematizaba su método de gimnasia y los conocimientos existentes en la época sobre esta *ciencia* —con este término define la disciplina gimnástica en la introducción de su libro—, *Manuel d'éducation physique, gymnastique et*

¹⁹ Friedrich Ludwig Jahn (1778-1852), como buen militar de la época, daba un contenido cargadamente patriótico y político a la educación física y preparaba a sus hombres para la guerra en un establecimiento al aire libre que dirigía en Berlín. Algunos investigadores han señalado la concepción de la gimnástica de Jahn como una de las múltiples fuentes de las que se nutrieron el Tercer Reich y la ideología nacionalsocialista (ULMANN, J.: *De la gymnastique aux sports modernes. Histoire des doctrines de l'éducation physique*, París, Librairie Philosophique J. Vrin, 1977, pp. 277-290). Véanse también, acerca de la gimnasia nacionalista de Jahn, MOSSE, G. L.: *La nacionalización de las masas*, Madrid, Marcial Pons Historia, 2005; DOMMELEN, M. van: *Jahn-Amoros. Bijdrage tot de vergelijkende studie van hun opvattingen over de lichamelijke opvoeding*, memoria de licenciatura inédita, Universidad Católica de Lovaina, 1966; KRÜGER, A.: *Sport und Politik. Vom Turnwater Jahn zum Staatsamateur*, Hannover, Fackeltäger, 1975.

morale. Ese mismo año Amorós llegó a un acuerdo con el ministro de la Guerra, conde Gérard, para ocuparse personalmente de la instrucción de las tropas de élite guarnecidas en París dispuestas a marchar a la conquista de Argelia, a las que formó física y moralmente y también en materia de asaltos a plazas fuertes y en técnicas para construir grandes instrumentos gimnásticos con ese fin. En 1831, por los múltiples servicios prestados al Estado francés, fue nombrado coronel de Infantería y en 1834 recibió la condecoración de la Legión de Honor.

Paradójicamente, como explico en mi biografía de Francisco Amorós, ese mismo año le fueron retiradas las subvenciones gubernamentales para el Gimnasio Central de París, hecho que le llevó a tomar una iniciativa individual de carácter marcadamente burgués, la creación de su propio gimnasio, el *Gymnase civil et orthosomatique* —el primero erigido en París con capital privado—, sito cerca de los Campos Elíseos y que regentará hasta su muerte (acaecida en 1848). Este gimnasio era frecuentado por militares y civiles, adultos y niños, y, lo que es más sorprendente, también por niñas. En este establecimiento gimnástico se prestaba especial atención a la rehabilitación de personas convalecientes, con problemas de movilidad o con deformaciones físicas —practicaba lo que podríamos denominar una *gimnasia médica* o *gimnasia científica*, antecedente directo de la actual fisioterapia—. En 1835 sus trabajos en pro del progreso humano fueron reconocidos por la Academia Real de las Ciencias de Francia, cuyos miembros acordaron concederle el premio *Monthyon* (de inventos y artes útiles y saludables para el ser humano). Tan sólo en 1839 regresó de nuevo a España, concretamente a su ciudad natal (Valencia), para tomar posesión del título de marqués de Sotelo; un viaje fugaz que aprovechó para donar un valioso conjunto de sus aparatos gimnásticos a la Sociedad Económica valenciana. El 8 de agosto de 1848, meses después de la proclamación de la Segunda República francesa, Amorós falleció por efecto de una apoplejía en su casa de París. Su método y su obra, sin embargo, lograron pervivir durante décadas sobre todo en Francia y en España —los dos Estados para los que prestó sus servicios—, gracias a la importante labor de difusión desarrollada por una pléyade de alumnos que se formaron en sus establecimientos gimnásticos²⁰.

²⁰ EN FERNÁNDEZ, R.: *Francisco Amorós y los inicios de la Educación Física moderna...*, *op.cit.* Dedicó también un epílogo a delinear las vías de difusión del método, la obra y la memoria de Amorós en los dos países en que prestó sus servicios, España y Francia.